

Tristán

Thomas Mann

I

¡He aquí el sanatorio Einfried!, blanco y rectilíneo, con su alargado edificio central y su pabellón lateral, en medio del espacioso jardín, agradablemente provisto de glorietas, pérgolas y pequeños cenadores de corteza; al fondo, tras sus tejados de pizarra, se elevan hasta el cielo las montañas, gigantescas, ligeramente resquebrajadas, cubiertas del verdor de los abetos.

Ahora, como antes, dirige el establecimiento el doctor Leander. Con su negra barba bipartita, áspera y rizada como la crin con que se acolchan los muebles, con sus gafas de gruesos y brillantes cristales, y este aspecto de hombre a quien la ciencia ha vuelto frío y duro, y ha colmado de plácido, indulgente pesimismo, hechiza con sus maneras bruscas y reservadas a los pacientes, a todos estos individuos que, demasiado débiles para ponerse prescripciones a sí mismos y observarlas, le entregan sus fortunas para obtener la gracia de dejarse proteger por su severidad.

En cuanto a la señorita de Osterloh, gobierna la casa con incansable celo. ¡Dios mío!, ¡con qué diligencia corre escaleras arriba y escaleras abajo, de un extremo al otro del establecimiento! Gobierna en la cocina y en la despensa, revuelve en los armarios roperos, da órdenes a la servidumbre y confecciona el menú teniendo en cuenta la economía, la higiene, el buen paladar y el buen aspecto de los manjares; gobierna la casa con un tino realmente maniático, y en el fondo de su extremosa habilidad anida un reproche constante para el mundo masculino en bloque, ninguno de cuyos representantes ha tenido todavía la idea de pedirla en matrimonio. Sin embargo, en sus mejillas arde en forma de dos manchas redondas, rojas como el carmín, la esperanza inextinguible de convertirse algún día en la esposa del doctor Leander...

Ozono, sosiego y aire puro... A pesar de lo que puedan decir los envidiosos y los rivales del doctor Leander, el sanatorio Einfried puede recomendarse encarecidamente a los enfermos del pulmón. Pero no sólo son tísicos los que hay aquí; el sanatorio alberga pacientes de todas clases: caballeros, señoras, niños incluso, que suben a pasar una temporada, y el doctor Leander tiene ocasión de lucirse con éxito en los más variados terrenos. Aquí hay enfermos gástricos, como la esposa del consejero municipal Spatz, que además está enferma del oído; señores con lesiones cardíacas, paralíticos, reumáticos y neuróticos de todo grado y condición. Un general diabético consume aquí su pensión gruñendo sin cesar. Varios caballeros, de rostros descarnados, mueven (sin poderse controlar) sus piernas, de un modo que nada bueno pronostica. Una dama cincuentona, esposa del pastor Hóhlenrauch, que ha traído al mundo diecinueve hijos y es ya absolutamente incapaz de pensar, no logra a pesar de todo la paz, antes bien, movida por un estúpido desasosiego, anda errante, hace ya un año, por toda la casa, tiesa y muda, sin rumbo fijo, lúgubramente, del brazo de su enfermera particular.

De vez en cuando muere alguno de estos casos «graves», que permanecen en sus

habitaciones y a los que no se les ve ni en el comedor ni en la sala de estar, y nadie, ni siquiera su vecino, llega a enterarse. El huésped de cera es despachado silenciosamente de noche, y la actividad en el Einfried se reanuda ininterrumpidamente: masajes, tratamientos eléctricos e inyecciones, duchas, baños, gimnasia, sudor e inhalaciones son llevados a cabo en las diversas instalaciones, provistas de todos los adelantos de la técnica moderna...

Sí, aquí también se vive con animación. El instituto prospera. Cuando llegan nuevos huéspedes, el portero toca la gran campana situada en la entrada del pabellón lateral, y el doctor Leander, muy formal, acompaña hasta el coche a los que se van, junto con la señorita de Osterloh. ¡Qué existencias más dispares no habrá albergado el Einfried! Hay incluso un escritor, persona excéntrica, que tiene el nombre de algún mineral o piedra preciosa, y roba aquí sus días a Dios...

Además del doctor Leander, existe otro médico auxiliar para los casos leves y los casos desesperados. Pero su apellido es de lo más vulgar, se llama Müller y no vale la pena hablar de él.

II

A comienzos de año, el comerciante al por mayor Klóterjahn —de la firma comercial A. C. Klóterjahn y Compañía—, trajo a su esposa al Einfried; el portero hizo sonar la campana, y la señorita de Osterloh saludó a los recién llegados en el recibidor de la planta baja, decorada, como casi el resto del viejo y aristocrático edificio, en un estilo Imperio maravillosamente puro. Poco después apareció el doctor Leander; se inclinó cortésmente y se inició una primera entrevista de información para ambas partes.

Fuera, en el jardín invernal, los parterres estaban protegidos por esteras, las glorietas cubiertas de nieve y los templetes permanecían solitarios; dos criados del sanatorio arrastraban desde el coche, detenido en la calzada frente a la verja del jardín —puesto que no había acceso hasta la casa— el equipaje de los nuevos huéspedes.

—Despacio, Gabriela, *take care*, ángel mío, y no abras la boca —había dicho el señor Klóterjahn, mientras conducía a su esposa por el jardín; y, de haberla visto, cualquiera de corazón tierno y tembloroso habría convenido sin duda interiormente en este *take care*, aunque no se puede negar que el señor Klóterjahn pudo haberlo dicho en alemán sin ninguna clase de reparos.

El cochero que había conducido a los señores desde la estación al sanatorio, un hombre burdo y de pocos alcances, había sacado ni más ni menos que un palmo de lengua al ver las infinitas precauciones con que el comerciante ayudaba a apearse a su esposa; parecía incluso como si los caballos bayos, esparciendo su aliento en el tranquilo aire helado, contemplasen con redondos ojos, fatigosamente vueltos hacia atrás, esta complicada operación, preocupados por tan frágil donaire y tan dulce encanto.

La joven esposa padecía de la tráquea, como podía leerse explícitamente en el escrito que el señor Klóterjahn había mandado (avisando su llegada) desde las costas del mar Báltico al médico director del Einfried, y ¡gracias a Dios que no eran los pulmones! Sin embargo, aun en el caso de ser los pulmones, esta nueva paciente no hubiera podido ofrecer un aspecto más encantador y refinado, más ausente e inmaterial que el que tenía ahora, mientras escuchaba la conversación al lado de su robusto marido, reclinada, delicada y cansada, en una butaca barnizada de blanco, de líneas rectas.

Sus bellas y pálidas manos, sin más alhajas que la sencilla alianza, descansaban en los pliegues de la falda de un vestido de paño grueso y oscuro; llevaba una chaqueta de color gris plateado, de cuello alto y duro, ceñida al talle y cubierta toda ella de arabescos de terciopelo. Pero estas telas pesadas y calurosas hacían todavía más conmovedora, más inmaterial y más amable esa inefable ternura, dulzura y languidez que aparecían en su pequeño rostro. Su cabello castaño claro, recogido por debajo de la nuca en un moño, estaba alisado y peinado hacia atrás, y únicamente a la altura de la sien derecha caía sobre la frente un mechón de pelo suelto, rizado, no lejos del lugar donde una vena rara y diminuta se ramificaba azulada y débil por

encima de la ceja vivamente marcada, extendiéndose por esta frente límpida e inmaculada, casi transparente. Esta pequeña vena azul, sobre el ojo, se destacaba de modo inquietante del resto de su cara fina y ovalada. Se hacía todavía más visible tan pronto como la dama se ponía a hablar, sólo con que sonriera, y entonces su rostro adquiría una expresión forzada, incluso dolorosa, que suscitaba vagos recelos. Sin embargo, hablaba y sonreía. Hablaba franca y jovialmente, con una voz ligeramente empañada, y sonreía con unos ojos que miraban un tanto fatigados y mostraban de vez en cuando cierta propensión a bizquear; los extremos de los mismos aparecían intensamente ensombrecidos a ambos lados del arranque de su naricita: lo mismo pasaba con su linda y ancha boca, que era pálida y sin embargo parecía brillar, quizás porque sus labios estaban muy bien perfilados y netamente delineados. De vez en cuando carraspeaba. Y en estos casos se llevaba el pañuelo a la boca y luego lo examinaba.

—No tosas, Gabriela —decía el señor Klóterjahn—. Ya sabes que, en casa, el doctor Hinzpeter te lo prohibió terminantemente, *darling*, y sólo es cuestión de esforzarse, ángel mío. Nos han dicho que es cosa de la tráquea —repitió—. Al principio creí seriamente que se trataba del pulmón y sabe Dios que de veras me asusté. Pero no es el pulmón, ¡diablos!, no tenemos por qué preocuparnos, ¿no es verdad, Gabriela? ¡Ja, ja!

—Desde luego —dijo el doctor Leander y miró con ojos brillantes a la dama a través de sus gafas.

Entonces el señor Klóterjahn pidió café —café y panecillos con mantequilla—. Tenía un modo tan gráfico de pronunciar la sílaba «ca» desde lo más profundo de su garganta y de decir «panecillos con mantequilla», que abría el apetito a cualquiera.

Obtuvo lo que pedía. Obtuvo también habitaciones para él y su esposa, y se instalaron en ellas. Por lo demás, el doctor Leander se hizo cargo personalmente del tratamiento, sin consultar para el caso al doctor Müller.

III

La personalidad de la nueva paciente causó una extraordinaria sensación en Einfried, y el señor Klóterjahn, acostumbrado ya a estos éxitos de su esposa, aceptó con satisfacción el homenaje que se le tributaba. El general diabético dejó de gruñir por un instante cuando se tropezó con ella por primera vez; los caballeros de rostros descarnados sonreían e intentaban a duras penas dominar sus piernas siempre que pasaban por su lado, y la esposa del magistrado Spatz se pegó inmediatamente a ella como si fuera su amiga íntima. Realmente causó impresión aquella dama, la esposa del señor Klóterjahn. El escritor que desde hacía un par de semanas mataba su tiempo en Einfried, personaje estrambótico, cuyo nombre sonaba igual que el de una piedra preciosa, no hizo otra cosa que perder el color cuando se cruzó con ella en el corredor. Se paró y se quedó como petrificado, incluso largo rato después de que ella se había alejado.

No habían pasado siquiera dos días, cuando toda la comunidad de enfermos estaba ya al corriente de su historia. Era natural de Brema, circunstancia que se notaba, por lo demás, al hablar, por cierta deformación graciosa del acento, y en esta misma ciudad, hacía dos años, había dado el sí eterno al comerciante Klóterjahn: Lo había seguido a su ciudad natal, allí arriba a orillas del Báltico, y todavía no hacía diez meses que le había dado un hijo y heredero, un niño maravillosamente vivaracho y bien formado, en circunstancias extraordinariamente difíciles y peligrosas. Sin embargo, a partir de aquellos terribles días, no había recobrado las fuerzas, habida cuenta que nunca había sido demasiado fuerte. Apenas se hubo repuesto del parto, extraordinariamente rendida, y con poca vitalidad, al toser, había escupido un poco de sangre... no mucha, claro, sólo un poco, pero mejor habría sido que no hubiera llegado a producirse, y lo grave fue que este mismo suceso sin importancia pero fatídico se repitió poco después. Desde luego que había medios para combatirlo, y el médico de cabecera, el doctor Hinzpeter, los empleó. Éste le ordenó reposo absoluto, le hizo tragar pedazos de hielo, le dio morfina para dominar la irritación de la tos e hizo lo posible para sosegar su corazón. Pero, a pesar de todo, la curación no acababa de llegar, y mientras el niño, Antonio Klóterjahn hijo, un bebé magnífico, conquistaba y afirmaba su puesto en la vida, la joven madre parecía consumirse en un fuego dulce y plácido... Se trataba, como ya se ha dicho, de la tráquea, una palabra que, en la boca del doctor Hinzpeter, producía un efecto asombrosamente consolador, tranquilizador, casi letífico en el corazón de todos los que le escuchaban. Sin embargo, a pesar de que no se trataba del pulmón, el doctor había acabado por estimar conveniente encarecer la influencia de un clima benigno y recomendar la permanencia en un sanatorio para activar la curación; la fama del sanatorio Einfried y de su director habían hecho todo lo demás.

Así fue como sucedió todo, y el propio señor Klóterjahn lo explicaba a todo aquel que se mostraba interesado. Hablaba en voz alta, descuidadamente y de buen humor,

como un hombre cuya digestión se encuentra en tan buen orden como su bolsa, con dilatados movimientos de labios, a la manera tosca pero rápida de los costeños del Norte. Muchas palabras salían disparadas de su boca como una pequeña descarga, y reía por ello como si se tratara de una graciosa ocurrencia.

Era de mediana estatura, ancho, fuerte y corto de piernas; poseía un rostro lleno, colorado, unos ojos de un azul cristalino, ensombrecidos por unas pestañas extraordinariamente claras, amplias narices y labios húmedos. Llevaba patillas a la inglesa, iba vestido a la inglesa hasta en el más mínimo detalle y se mostró encantado al encontrarse en Einfried con una familia inglesa: padre, madre y tres hermosos niños con su institutriz, que se encontraban allí única y exclusivamente porque no conocían otro sitio adonde ir, y con los que por las mañanas desayunaba al estilo inglés. Le gustaba sobre todo comer y beber, resultó ser un gran perito en cocina y vinos y entretenía a la sociedad de enfermos explicándoles del modo más sugestivo las comidas que se daban en su ciudad entre círculos de amigos, y describiéndoles ciertos platos exquisitos, allí arriba desconocidos. En estas ocasiones sus ojos se encogían con expresión de complacencia y su lenguaje tenía algo de palatal y nasal, acompañado en la garganta de ruidos ligeramente mascullantes. Que no era enemigo, además, por principio, de otras clases de alegrías terrenales, lo demostró una tarde en que un huésped de Einfried, un escritor profesional, lo vio en el corredor gastando bromas a una camarera con bastante descoco..., una escena sin importancia y humorística que provocó en el escritor en cuestión una ridícula mueca de asco.

En cuanto a la esposa del señor Klóterjahn, era claro y evidente que amaba a su esposo de todo corazón. Seguía con una sonrisa sus palabras y gestos, y no con aquel aire de pedante indulgencia que tantos enfermos adoptan frente a los sanos, sino con aquella amable alegría e interés que los enfermos de buen carácter demuestran por las manifestaciones espontáneas de las personas que se sienten a gusto en su propio pellejo.

El señor Klóterjahn no permaneció mucho tiempo en Einfried. Había acompañado a su esposa a este lugar, pero al cabo de una semana, después de cerciorarse que estaba bien atendida y en buenas manos, su estancia no pudo prolongarse más. Otras obligaciones importantes, su floreciente hijito y su negocio igualmente floreciente, le reclamaban en casa. Así, pues, tuvo que partir y dejar a su esposa allí disfrutando de los mejores cuidados.

IV

Spinell se llamaba el escritor que vivía en Einfried desde hacía unas semanas. Su nombre era Detlev Spinell, y su aspecto externo era algo realmente estrafalario.

Imagínense un hombre moreno y alto, en el inicio de los treinta, cuyo cabello empieza ya a encanecer perceptiblemente en las sienes, cuyo rostro redondo, blanco y un poco hinchado no presenta, sin embargo, ningún vestigio de crecimiento de la barba. No iba afeitado —esto se notaría—, era delicado, de rasgos imprecisos y pueriles, y sólo esparcidamente se le veía algún que otro asomo de vello. Esto le daba un aspecto muy singular. La mirada de sus brillantes ojos, de color castaño oscuro, tenía una expresión dulce, y su nariz era rechoncha y demasiado carnosa. Además, el señor Spinell tenía un labio superior arqueado, poroso, como el de un romano, unos grandes dientes careados y unos pies raros y voluminosos. Uno de aquellos caballeros de piernas incontrolables, cínico y guasón, lo había bautizado a sus espaldas con el nombre de «niño bitongo»; pero esto era malintencionado y poco apropiado. Vestía bien y a la moda, con una larga levita negra y un chaleco de fantasía con lunares.

Era esquivo y no tenía amistad con nadie. Sólo de vez en cuando se encontraba de un humor sociable, cariñoso y efusivo, y esto sucedía siempre que el señor Spinell caía en estado de contemplación estética, cuando se sentía transportado de admiración por algo de aspecto bello, como la consonancia de los colores, un vaso de forma refinada, las montañas iluminadas por los últimos rayos de sol...

—¡Qué hermoso! —exclamaba entonces, con la cabeza ladeada, los hombros levantados, las manos abiertas y la nariz y los labios contraídos—. ¡Por Dios, miren qué hermoso es esto!

Y en estos momentos de emoción era capaz de echarse ciegamente al cuello de las personas más distinguidas, fueran damas o fueran caballeros...

Quien entraba en su habitación podía ver en todo momento sobre la mesa el libro que había escrito. Era una novela no muy larga, en cuya portada figuraba un dibujo completamente desconcertante. Estaba impreso en una especie de papel filtro, con unas letras que cada una de ellas parecía una catedral gótica. La señorita de Osterloh lo había leído en un cuarto de hora libre y lo había encontrado «refinado», lo cual, en su metafórica forma de hablar, equivalía a «bárbaramente aburrido». La acción transcurría en salones de mundo, en lujosas alcobas de damas, llenas de objetos refinados, tapices *gobeünos*, muebles antiquísimos, porcelanas preciosas, telas de valor incalculable y joyas artísticas de todo género. Todos estos objetos estaban descritos con desbordante cariño, y en todos ellos se veía al señor Spinell arrugar la nariz y exclamar: «¡Qué hermoso! ¡Por Dios, miren qué hermoso es!...». Por lo demás, era asombroso el que no hubiese escrito más libros que éste, puesto que, al parecer, le apasionaba escribir. Se pasaba la mayor parte del día escribiendo en su habitación, echaba al correo un número extraordinario de cartas, una o dos casi todos los días; pero lo más curioso y divertido del caso era que él, por su parte, muy

raramente recibía alguna...

V

El señor Spinell se sentaba en la mesa frente a la señora Klóterjahn. Se presentó un poco tarde a la primera comida en que asistieron estos señores, en el gran comedor situado en la planta baja del pabellón lateral; dirigió con voz suave un saludo a todos los comensales y se dirigió a su asiento, tras lo cual el doctor Leander le presentó a los recién llegados sin demasiadas ceremonias. Él saludó con una reverencia y empezó luego a comer, sin poder ocultar su embarazo, manejando de una forma un tanto afectada el cuchillo y el tenedor con sus grandes manos blancas y bien formadas, que salían de unas mangas muy estrechas. Poco a poco fue recobrándose y pudo mirar con calma y serenidad ora al señor Klóterjahn ora a su esposa. En el transcurso de la comida el señor Klóterjahn le dirigió también algunas preguntas y observaciones respecto a las instalaciones y el clima de Einfried, en las que su esposa intercaló dos o tres palabras con su acostumbrada amabilidad, y a las que el señor Spinell contestó cortésmente. Su voz era dulce y muy agradable, pero tenía un modo de hablar algo dificultoso: paladeaba como si sus dientes obstaculizaran la lengua.

Después de comer, cuando todo el mundo se trasladó a la sala de estar y el doctor Leander deseaba buen provecho, en particular a los nuevos huéspedes, la señora Klóterjahn pidió informes relacionados con su vecino de enfrente.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó—. ¿Spinelli? No he entendido bien su nombre.

—Spinell... no Spinelli, señora. No es italiano, no; es oriundo de Lemberg, según he oído decir...

—¿Qué dijo antes?, ¿que es escritor, no? —preguntó el señor Klóterjahn.

Tenía las manos metidas en los bolsillos de sus confortables pantalones ingleses, inclinaba el oído hacia el doctor y abría la boca mientras escuchaba, como suelen hacerlo muchos.

—Bueno, no sé... Escribe... —respondió el doctor Leander—. Creo que ha publicado un libro, una especie de novela, pero en realidad no sé qué es...

Este doble «no sé» indicaba que el doctor Leander no tenía en mucha estima al novelista y declinaba toda responsabilidad respecto a él.

—Sin embargo es realmente muy interesante —dijo la señora Klóterjahn, que nunca en su vida había visto un escritor cara a cara.

—Sí, claro —replicó complaciente el doctor Leander—. Parece ser que goza de cierta reputación...

Y ya no se volvió a hablar más del escritor.

Pero poco después, cuando los nuevos huéspedes se habían retirado y el doctor Leander se disponía también a abandonar la sala de estar, el señor Spinell lo retuvo para pedirle informes a su vez.

—¿Cómo se llama este matrimonio? —preguntó del modo más natural—, antes no presté atención.

—Klóterjahn —respondió el doctor Leander, que ya se marchaba.

—¿Cómo se llama el marido? —preguntó el señor Spinell.

—¡Se llama Klóterjahn! —dijo el doctor Leander, y se fue... Realmente no tenía en mucha estima al escritor.

VI

¿Hemos dicho ya que el señor Klóterjahn había regresado a su casa? Pues sí, se encontraba de nuevo a orillas del Báltico, se ocupaba de sus negocios y de su hijo, aquella criaturita desconsiderada y vivaracha que tantas penas había costado a su madre, además de una pequeña lesión en la tráquea. Ella, en cambio, la joven esposa, se quedó en Einfried, y la señora del magistrado Spatz se le juntó en calidad de amiga íntima. Esto, no obstante, no impedía a la señora Klóterjahn cultivar otras buenas amistades entre los restantes huéspedes, por ejemplo, con el señor Spinell, quien, ante el asombro general —pues hasta el momento no había trabado amistad con nadie—, le profesó desde el principio una devoción y una obsequiosidad extraordinarias. A la señora Klóterjahn no le desagradaba charlar con él en los ratos que el riguroso horario les dejaba libres.

El novelista se acercaba a ella con un miramiento y un respeto inmensos y nunca le hablaba si no era con una voz tan esmeradamente apagada, que la señora Spatz, que padecía del oído, casi nunca podía entender lo que decía. Se acercaba sobre las puntas de sus grandes pies al sillón en que la señora Klóterjahn se recostaba sonriendo tiernamente; se quedaba de pie a una distancia de dos pasos, con una pierna hacia atrás y el tronco inclinado hacia delante, y hablaba de aquella manera suya, tan peculiar y dificultosa, paladeando cada palabra, en voz baja pero enérgica, y dispuesto en todo momento a poner pies en polvorosa y desaparecer, tan pronto vislumbrara en el rostro de ella un indicio de cansancio o aburrimiento. Pero nunca la aburría; ella le invitaba a sentarse junto a sí y la señora Spatz le dirigía preguntas sobre cualquier tema y le escuchaba luego sonriente y llena de curiosidad, pues a veces tenía una manera tan singular y divertida de hacerse escuchar como nunca hasta entonces había oído.

—¿Por qué motivo se encuentra usted en Einfried? —preguntó ella—. ¿Qué tratamiento sigue usted, señor Spinell?

—¿Tratamiento?... Sigo un pequeño tratamiento de corrientes eléctricas. Pero no vale la pena hablar de esto. Voy a decirle, señora, por qué estoy aquí. Por causa del estilo.

—¡Ah! —dijo la señora Klóterjahn, apoyando la mejilla en una mano y volviéndose hacia él con exagerada solicitud, como la que se hace delante de los niños cuando quieren contar alguna cosa.

—Sí, señora. Einfried es todo él de estilo Imperio, antaño fue un castillo, una residencia veraniega, según cuentan. El pabellón lateral es un añadido más tardío, pero el edificio central es antiguo y auténtico. Pues bien, hay épocas en que sencillamente no puedo prescindir del estilo Imperio, me es absolutamente necesario para conseguir un grado mínimo de bienestar. Es evidente que uno se encuentra de modo muy distinto entre muebles tan mullidos y cómodos, que casi provocan la lascivia, entre estas mesas, estos sillones y esos cortinajes rectilíneos... Esta nitidez y

austeridad, esta sencillez fría y áspera, esta severidad me otorga distinción y dignidad, señora, y a la larga produce cierta limpieza y cierta reparación en mi interior, me levanta moralmente, sin lugar a dudas...

—Realmente es curioso —dijo ella—. Aunque tengo que esforzarme para comprenderlo.

A lo cual replicó el escritor que no valía la pena, y se echaron a reír los dos. La señora Spatz también reía y lo encontraba curioso, pero no dijo si lo comprendía.

La sala de estar era espaciosa y bella. La alta y blanca puerta de dos hojas, que daba acceso a la sala de billar contigua, estaba abierta de par en par, y en esta sala se entretenían los caballeros de piernas incontrolables junto con otros. Al otro lado y a través de una puerta de vidrio, podía verse la espléndida terraza y el jardín. Al lado de esta puerta había un piano y también una mesa de juego con un tapete verde, en la que el general diabético jugaba el *whist* con otros caballeros. Las señoras leían o se entretenían haciendo trabajos manuales. Una estufa de hierro proporcionaba calefacción, pero ante la chimenea, construida con muy buen gusto, en la que había bolitas de papel de color rojo ardiente, imitando ascuas, había sillones confortables para charlar.

—Es usted madrugador, señor Spinell —dijo la señora Klóterjahn—. Casualmente le he visto ya dos o tres veces salir de la casa a las siete y media de la mañana.

—¿Yo, madrugador? ¡Oh, no, señora! La verdad es que si madrugo es precisamente porque soy un dormilón.

—¡Esto tendrá que explicármelo, señor Spinelli!

También la señora Spatz quería que se lo explicara.

—Pues bien... yo creo que cuando se es madrugador, no hay necesidad de levantarse tan temprano. La conciencia, ¡señora...!, es muy serio esto de la conciencia. Yo y los de mi especie peleamos toda la vida con ella y tenemos que emplearnos a fondo para engañarla de vez en cuando y concederle pequeñas y astutas satisfacciones. Somos trastos inútiles, yo y los de mi calaña, y prescindiendo de las pocas buenas horas de nuestra vida, nos arrastramos, heridos y enfermos, conscientes de nuestra inutilidad. Odiamos lo útil, porque sabemos que es vulgar y feo, y defendemos esta verdad sólo como pueden defenderse las verdades indispensables. Y, sin embargo estamos tan corroídos por la mala conciencia, que ya no queda en nosotros ni un solo punto sano. A esto hay que sumar nuestra manera de ser, nuestro concepto del mundo, nuestro modo de trabajar... todo de un efecto espantosamente malsano, minador, aniquilador, y esto agrava todavía más la cuestión. Ahora bien, existen pequeños calmantes sin los cuales no podría soportarse. Un poco de moderación y de austeridad higiénica en el modo de vivir es, por ejemplo, una necesidad para muchos de nosotros. Levantarse temprano, despiadadamente temprano, tomar un baño frío y dar un paseo fuera, por la nieve... Esto hace que por lo menos durante una hora nos sintamos satisfechos de nosotros mismos. Si me dejara

llevar por mi manera de ser, permanecería en la cama hasta la tarde, pueden creerlo. Si madrugo, en realidad no es más que por hipocresía.

—¿Y por qué, señor Spinell? Yo lo llamaría vencimiento de sí mismo, ¿no es verdad, señora consejera?

La señora consejera Spatz llamó a aquello también vencimiento de sí mismo.

—Hipocresía o vencimiento de sí mismo, señora, no importa la palabra. Soy de natural tan penosamente honrado, que...

—Eso es. Sin duda usted está demasiado apenado.

—Sí, señora, estoy muy apenado.

Perduraba el buen tiempo. Blanco, crudo y limpio, lleno de calma invernal y frío luminoso, de claridad cegadora y sombras azulinas, que se extendían por todo el paisaje, las montañas, la casa y el jardín. Un cielo sutilmente azul, en el que parecían bailar miríadas de titilantes cuerpecitos luminosos, de cristales brillantes, se cernía immaculado, como una bóveda, sobre el conjunto. Por esta época, la señora Klóterjahn se encontraba bastante bien: no tenía fiebre, casi no tosía y la comida no le causaba demasiada repugnancia. A menudo, tal como le había sido prescrito, permanecía sentada horas enteras en la terraza tomando el sol de invierno. Se sentaba en la nieve, enteramente cubierta de mantas y pieles, y aspiraba el aire puro y helado, con la confianza de que esto hacía bien a su tráquea. En estos momentos reparaba a veces en el señor Spinell paseándose en el jardín, vestido también con ropas de abrigo y con zapatos felpudos, que daban a sus pies un tamaño de aspecto fantástico. Andaba por la nieve tanteando cada paso y braceando en actitud cautelosa, con cierta rigidez graciosa. La saludaba respetuosamente, cuando llegaba a la altura de la terraza, y subía los primeros peldaños para entablar un poco de conversación.

—Esta mañana, durante mi paseo, he visto a una hermosa señora... ¡Dios mío, ya lo creo que era hermosa! —decía, con la cabeza ladeada y las manos abiertas.

—¿De veras, señor Spinell? ¿Por qué no me la describe?

—No, es imposible. Si lo hiciera, le daría una imagen falsa. En realidad, apenas he visto a la dama, pues sólo la he rozado a medias con la mirada al pasar. Sin embargo, percibí su borrosa sombra, y eso me ha bastado para estimular mi fantasía y forjarme la ilusión de que es realmente hermosa... ¡Dios mío, qué hermosa es!

Ella se puso a reír.

—¿Es ésta su manera de contemplar a las mujeres hermosas, señor Spinell?

—Sí, señora. Y es mucho mejor que si las mirara a la cara groseramente, ansioso de retenerlas en la memoria, y me llevara la impresión de una realidad defectuosa...

—Ansioso de retenerlas... ¡Qué palabras más raras! Una auténtica expresión literaria, señor Spinell. Le aseguro que me ha impresionado. Hay algo en ella que no acabo de comprender, algo indeterminado y libre, que desacredita la realidad, a pesar de que la realidad es lo más respetable que existe, incluso lo respetable en sí mismo... Y comprendo que hay algo más allá, que no podemos tocar con las manos, algo más sutil...

—Yo sólo conozco un rostro —dijo él súbitamente, con una extraña emoción de alegría en la voz; y levantó sus puños a la altura de los hombros, sonriendo de un modo exaltado que mostraba sus dientes careados—. Sólo conozco un rostro, cuya noble realidad sería pecado querer corregir con mi fantasía, un rostro al que yo quisiera contemplar, en el que quisiera detenerme no unos minutos, no unas horas, sino toda mi vida, perderme enteramente en él y olvidarme así de todo lo terreno...

—Bien, de acuerdo, señor Spinell. Lástima que la señora de Osterloh esté demasiado lejos para poderle oír.

Él se calló y se inclinó profundamente. Cuando se irguió de nuevo, sus ojos se posaron con una expresión de perplejidad y de dolor en la diminuta y extraña vena, que se ramificaba, azul y enfermiza, en la limpidez de su frente casi transparente.

VII

¡Un tipo raro! ¡Un sujeto realmente extravagante!, pensaba a veces la señora Klóterjahn, pues tenía tiempo de sobra para reflexionar. Sea que el cambio de aires ya no surtía su efecto bienhechor, sea que le afectaba alguna influencia positivamente dañina, lo cierto es que su salud había empeorado: el estado de su tráquea parecía dejar mucho que desear, se sentía débil, cansada, sin apetito, y tenía fiebre con frecuencia. El doctor Leander le había recomendado descanso absoluto, tranquilidad y prudencia. Y así, cuando no tenía que estar acostada, se sentaba en compañía de la señora Spatz, permanecía callada y ensimismada en algún que otro pensamiento, con alguna labor manual en el regazo, la cual nunca tocaba.

Ciertamente, este extraño señor Spinell le daba que pensar, pero lo más notable del caso es que no pensaba tanto en él cuanto en sí misma; de algún modo u otro despertó en ella una extraña curiosidad, un interés desconocido hasta entonces por su propia persona. En una ocasión el escritor había dicho en una conversación:

—Nada, las mujeres son un auténtico misterio... Por muy viejo que esto sea, uno no puede menos de considerarlo y asombrarse. He aquí una criatura maravillosa, una sílfide, una aparición, un ser de cuento de hadas ¿Qué hace ella? Pasa de largo y se entrega a un Hércules de feria o a un carnicero. Se agarra a su brazo, quizás apoya incluso la cabeza en su hombro y mira a hurtadillas y sonriendo a su alrededor, como si quisiera decir: ¡Bien, rompeos ahora la cabeza a pedazos ante este fenómeno! Y nosotros nos rompemos la cabeza. —La señora Klóterjahn recordaba con frecuencia aquellas palabras.

En otra ocasión, se desarrolló entre ellos la siguiente conversación, ante el asombro de la consejera Spatz:

—¿Sería indiscreción, señora, preguntarle cómo se llama, cuál es su verdadero nombre?

—¡Pero si me llamo Klóterjahn, señor Spinell!

—¡Hum!, esto ya lo sé. O mejor dicho, no estoy conforme. Me refiero, naturalmente, a su nombre, a su nombre de soltera. Sea razonable y admita que el que intentara llamarla «señora Klóterjahn», merecería ser azotado.

Ella rió de tan buena gana que la vena azul sobre la ceja resaltó de una forma angustiosamente clara, y su rostro dulce adquirió una expresión de fatiga y ahogo, que le turbó intensamente.

—¡No! ¡Vamos, señor Spinell! ¿Ser azotado? ¿Tan horrible le parece el nombre de «Klótherjahn»?

—Sí, señora, odio este nombre con todo mi corazón desde la primera vez que lo oí. Es cómico y feo como para desesperarse, y es una barbaridad y una villanía esta costumbre tan estúpida de llamarla a usted por el nombre de su marido.

—Bien, ¿y «Eckhof»? ¿Le gusta más Eckhof? Mi padre se llama Eckhof.

—Pues, mire usted... ¡Eckhof es totalmente distinto! Incluso hubo un gran actor

que se llamaba Eckhof. Este nombre ya es más tolerable... Pero usted ha mencionado sólo a su padre. ¿Es que su madre...?

—Sí, mi madre murió cuando yo era todavía una niña.

—Comprendo... Sin embargo, ¿me permite rogarle que me hable un poco más de sí misma? Pero si hablar le fatiga, entonces no. Entonces usted descanse, y yo seguiré habiéndole de París, como la otra vez. De todas formas podría usted hablar en voz muy baja, y aunque su voz fuera como un susurro, sus palabras serían todavía más bellas... Usted nació en Brema, ¿no es verdad? —Y formuló esta pregunta casi imperceptiblemente, con una expresión de respeto y gravedad, como si Brema fuera una ciudad sin par, una ciudad llena de aventuras inefables y bellezas ocultas, una ciudad que confiriese a sus hijos una nobleza misteriosa por el solo hecho de haber nacido en ella.

—Pues sí, ¡mire usted! —dijo ella espontáneamente—. Soy de Brema.

—Estuve allí una vez —observó él, pensativo.

—¡Dios mío!, ¿también ha estado allí? Caramba, señor Spinell, creo que usted ha visto ya todo lo que hay por ver desde Túnez a Spitzberg.

—Sí, estuve allí una vez —repitió él—. Fue sólo un par de horas, ya de noche. Recuerdo una vieja callejuela, en la que sobre las fachadas de las casas la luna brillaba oblicua y extraña. Luego estuve en una bodega donde todo olía a vino y a moho. Fue algo que nunca olvidaré...

—¿De veras? ¿Dónde fue...? Yo nací en una de estas casas grises con frontis, una vieja casa de mercader, con un entarimado que resonaba al andar y una galería blanqueada.

—¿Entonces, su padre es también comerciante? —preguntó él tras cierta vacilación.

—Sí, aunque además, mejor dicho en primer lugar, es artista.

—¡Vaya, vaya! ¿Y qué arte practica?

—Toca el violín... Pero esto no dice mucho. ¡Hay que oír cómo lo toca, señor Spinell! ¡Esto es lo que importa! Hay melodías que nunca he podido escuchar sin que las lágrimas me inunden los ojos, de un modo extrañamente ardiente como jamás en ninguna otra ocasión... Pero usted no lo cree...

—¡Claro que lo creo!, ¡por qué no había de creerlo...! Dígame, señora, su familia debe de ser muy antigua, ¿no es verdad? Y sin duda muchas generaciones habrán vivido, trabajado y muerto en la casa gris del frontispicio, ¿no es así?

—Sí, pero ¿por qué lo pregunta?

—Porque no es raro que una familia de tradiciones prácticas, burguesas y sencillas, se renueve una vez más, hacia el fin de sus días, a través del arte.

—¿Usted cree? En cuanto a mi padre, puedo asegurarle que es más artista que muchos que se llaman así y viven de la fama. Yo sólo sé tocar un poco el piano. Aquí arriba me lo han prohibido, pero antes, en casa, solía tocarlo. Mi padre y yo tocábamos juntos... ¡Oh, sí!, conservo gratos recuerdos de todas las épocas del año,

especialmente del jardín, de nuestro jardín, que estaba detrás de la casa. Era una lástima que estuviese tan abandonado y lleno de maleza; además estaba rodeado por unas paredes ruinosas y cubiertas de musgo. Pero justamente esto es lo que lo hacía más encantador. En el centro había un surtidor, rodeado por una tupida corona de gladiolos. En verano pasaba muchas horas en él con mis amigas. Nos sentábamos en catrecillos formando un animado círculo alrededor del surtidor.

—¡Qué hermoso! —dijo el señor Spinell, levantando los hombros—. ¿Cantaban mientras estaban sentadas?

—No, casi siempre hacíamos ganchillo.

—Pero... de todos modos...

—Sí, hacíamos ganchillo y charlábamos, mis seis amigas y yo...

—¡Qué hermoso! ¡Dios mío, qué hermoso es oír estas cosas! —gritó el señor Spinell con el rostro totalmente descompuesto.

—Pero ¿qué es lo que encuentra usted tan extraordinariamente hermoso, señor Spinell?

—Oh, esto de que eran seis, además de usted, que usted no estaba incluida en el número, sino que, por decirlo así, destacaba de las demás como una reina... Usted se distinguía de sus seis amigas. En su cabello había una pequeña corona de oro, muy sencilla, pero llena de significado, y brillaba...

—¡Qué tontería! No había ninguna corona.

—Sí la había, y brillaba misteriosamente. Yo la habría visto, la habría visto con toda claridad en su cabeza, si en una de estas ocasiones hubiese estado escondido entre la maleza...

—Sólo Dios sabe lo que usted habría visto. Además usted no estuvo allí; fue mi actual marido quien apareció un día de entre los matorrales, acompañado de su padre. Y hasta me temo que hubieran estado escuchando, escondidos, todos nuestros chismes.

—¿Fue entonces allí donde conoció a su marido, señora?

—¡Sí, allí le conocí! —dijo ella en voz alta y alegre; y, al sonreír, la pequeña vena azulina apareció alarmante y extraña sobre la ceja—. Vino a visitar a mi padre para asuntos de negocios, ¿sabe? Al día siguiente mi padre le invitó a comer, y tres días después pidió mi mano.

—¿De veras? ¿Todo sucedió con tanta rapidez?

—Sí... Es decir, a partir de entonces las cosas fueron más despacio, pues debe usted saber que mi padre en realidad no estaba muy bien predispuesto y puso como condición un plazo para meditarlo. En primer lugar, tenía muchas ganas de conservarme a su lado, y luego, tenía otros escrúpulos. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que yo tenía intención de hacerlo —dijo ella sonriendo, y una vez más la pequeña vena azul se destacó sobre su dulce rostro de expresión fatigosa y enfermiza.

—¡Ah! Así que usted tenía la intención.

—Sí, y como usted puede ver, he demostrado tener una voluntad firme y respetable.

—Lo veo, desde luego.

—Así que mi padre no tuvo más remedio que ceder.

—Y usted, entonces, le abandonó a él y a su violín, abandonó el viejo caserón, el jardín lleno de maleza, el surtidor y sus seis amigas para irse con el señor Klóterjahn.

—Para irme con... ¡Tiene usted una manera de expresarse, señor Spinell! ¡Se parece a la Biblia! Sí, lo abandoné todo, puesto que así lo quiere la naturaleza.

—¡Ojalá sea así!

—Además, se trataba de mi propia felicidad.

—Desde luego. ¿Y llegó la felicidad?

—Llegó, señor Spinell, en el instante en que me trajeron por primera vez a mi pequeño Antoñito, nuestro pequeño Antoñito, que chillaba a grandes gritos con sus pequeños y sanos pulmones, fuerte y sano como es...

—No es la primera vez, señora, que la oigo hablar de la salud de su pequeño Antonio. Sin duda debe de tener una salud extraordinaria...

—Sí, la tiene. Además, ¡tiene un parecido tan cómico con mi marido!

—¡Ah, ya! Así es, pues, como sucedió todo. Y ahora usted ya no se llama Eckhof, sino de otro modo, y tiene al pequeño Antonio rebosante de salud, mientras usted sufre una pequeña infección de la tráquea...

—Sí, así es, y usted es una persona realmente muy enigmática, señor Spinell, se lo aseguro...

—¡Dios Santo!, ya lo creo que lo es —dijo la consejera Spatz, que también esta vez estaba presente.

Esta conversación ocupó también muchas veces los pensamientos de la señora Klóterjahn. Por trivial que hubiese sido, en el fondo había algo oculto que la hacía reflexionar sobre sí misma. ¿Sería ésta la pernicioso influencia que la inquietaba? Su debilidad iba en aumento y la fiebre se apoderaba de ella con frecuencia, un ardor sosegado en el que ella permanecía con una sensación de dulce éxtasis, al que se abandonaba en un estado de ánimo ensimismado, placentero, vanidoso y casi ofendido. Cuando ella no tenía que guardar cama y el señor Spinell se le acercaba, de puntillas sobre sus grandes pies, con infinita precaución, se quedaba de pie a una distancia de dos pasos y le hablaba, con una pierna tirada hacia atrás, el tronco inclinado hacia delante y una voz respetuosamente apagada, como si la elevase en tímido y dulce recogimiento, y la acostase sobre un lecho de nubes, donde ningún sonido estridente ni ningún roce terrenal pudiese alcanzarla... entonces recordaba la forma singular con que el señor Klóterjahn solía decirle: «Cuidado, Gabriela, *take care*, ángel mío, no abras la boca»; una forma que tenía el mismo efecto de un golpecito fuerte, pero cariñoso, en el hombro. Pero, luego, desviaba rápidamente su atención de estos recuerdos, para descansar, entre éxtasis y desmayos, en el lecho de nubes que el solícito señor Spinell le había preparado.

Un día, de improviso, volvió sobre la breve conversación que habían sostenido respecto a su familia y a su juventud.

—Entonces, ¿es verdad, señor Spinell —preguntó—, que usted había visto la corona?

A pesar de que aquella conversación había tenido lugar quince días antes, él comprendió enseguida de lo que se trataba y le aseguró con palabras emocionadas que, en aquella ocasión cuando ella estaba sentada entre sus seis amigas, alrededor del surtidor, había visto brillar la pequeña corona, misteriosamente, sobre su cabeza.

Unos días antes, un huésped le preguntó, por cortesía, sobre el estado de salud de su pequeño Antonio. Ella lanzó una mirada rápida al señor Spinell, que se encontraba cerca, y respondió, un tanto aburrída:

—Gracias; ¿cómo quiere que esté su salud? Él y mi marido están muy bien.

VIII

A fines de febrero, en un día de helada, más claro y luminoso que los anteriores, reinaba en Einfried una inmensa alegría. Los señores cardiacos conversaban entre sí con las mejillas enrojecidas, el general diabético canturreaba como un chiquillo, y los caballeros de piernas incontrolables estaban fuera de sí. ¿Qué sucedía? Nada menos que se estaba preparando una excursión colectiva a las montañas, en varios trineos, entre el tintineo de los cascabeles y el chasquido del látigo. El doctor Leander lo había decidido para esparcimiento de sus pacientes.

Los casos «graves», naturalmente, debían quedarse en casa. ¡Pobres «graves»! Se hablaba sólo por señas y se había acordado no decirles nada del asunto; por lo general, agradaba poder demostrar cierta compasión y guardar miramientos. Pero, además, hubo algunos que se excluyeron voluntariamente de la diversión, a pesar de que habrían podido participar de ella. En cuanto a la señorita de Osterloh, se la podía disculpar perfectamente. Alguien como ella, tan abrumada por múltiples obligaciones, no podía pensar seriamente en dar paseos en trineo. El gobierno de la casa exigía imperiosamente su presencia... En fin: se quedó en Einfried. La intención de la señora Klóterjahn de quedarse en casa fue una nota discordante en la armonía del conjunto. Inútiles fueron los esfuerzos del doctor Leander para convencerla de la conveniencia de dar un paseo al aire libre; ella afirmaba que estaba indispuesta, que tenía jaqueca y se sentía cansada, por lo que no hubo más remedio que ceder. Pero alguien cínico y guasón encontró en ello motivo para hacer esta observación:

—Ya verán ustedes cómo ahora tampoco vendrá el «niño bitongo».

Y acertó; puesto que el señor Spinell hizo saber que aquella tarde tenía intención de trabajar (le gustaba emplear la palabra «trabajar» para designar sus dudosas actividades). Por otra parte, nadie lamentó que se quedara, tampoco causó pesar la decisión de la consejera Spatz de quedarse y hacer compañía a su joven amiga, porque viajar la mareaba.

Inmediatamente después del almuerzo, que hoy excepcionalmente había tenido lugar hacia las doce, los trineos se detuvieron frente al sanatorio, y los huéspedes rebullían, en animados grupos, por el jardín, embozados en ropas de abrigo, llenos de curiosidad e impaciencia. La señora Klóterjahn estaba en compañía de la consejera Spatz junto a la puerta de vidrio, que daba a la terraza —y el señor Spinell tras la ventana de su habitación— para contemplar la partida. Miraban las pequeñas luchas que se desarrollaban, entre bromas y risas, para ocupar los mejores sitios, veían cómo la señorita de Osterloh, con una palatina en el cuello, corría de un trineo a otro para colocar cestas de provisiones bajo los asientos, cómo el doctor Leander, con la gorra de piel metida hasta la frente, contemplaba una vez más el grupo a través de sus brillantes gafas, y, tras tomar asiento, daba la señal... Los caballos arrancaron, dos señoras chillaron y cayeron hacia atrás; los cascabeles repicaron, los látigos de mango corto chasquearon y sus largas trallas se arrastraban por la nieve, tras las varas de los

trineos. La señorita de Osterloh estuvo de pie, junto a la vena del jardín, agitando su pañuelo, hasta que los resbaladizos vehículos desaparecieron tras una revuelta del camino, dejando tras de sí su alegre eco. Luego atravesó de nuevo el jardín, para correr a sus *obügaciones*. Las dos damas se alejaron de la puerta de vidrio, y, casi al mismo tiempo, el señor Spinell abandonaba su mirador.

En Einfried reinaba una tranquilidad absoluta. La expedición no regresaría antes del anochecer. Los «graves» permanecían sufriendo en su habitación. La señora Klóterjahn y su íntima amiga emprendieron un corto paseo, tras el cual regresaron a sus aposentos.

El señor Spinell, por su parte, se encontraba en el suyo, ocupado en sus cosas. Hacia las cuatro, se les sirvió a las damas medio litro de leche a cada una, mientras el señor Spinell tomaba su té flojo. Poco después, la señora Klóterjahn golpeó repetidamente en la pared que separaba su habitación de la de la señora Spatz, y dijo:

—Señora consejera, ¿por qué no bajamos a la sala de estar? Ya no sé qué hacer aquí.

—En seguida, querida —respondió la consejera—. Permítame tan sólo calzarme las botas. Es que me había echado en la cama, ¿sabe?

Como era de esperar, la sala de estar estaba vacía. Las dos damas se sentaron junto a la chimenea. La consejera Spatz se puso a bordar flores sobre un trozo de cañamazo y la señora Klóterjahn dio también un par de puntadas, pero en seguida dejó la labor sobre el regazo y se sumió en una especie de éxtasis, se apoyaba en el respaldo del sillón y su mirada se perdía en el vacío. Finalmente hizo una observación, que ni si quiera merecía la molestia de despegar los labios. Pero como, a pesar de todo, la consejera Spatz preguntó: «¿Cómo dice?», tuvo que repetir toda la frase, muy a pesar suyo. La consejera Spatz preguntó una vez más: «¿Cómo dice?». Pero en ese instante se oyeron pasos en la antesala, se abrió la puerta y apareció el señor Spinell.

—¿Molesto? —preguntó desde el umbral, con voz dulce, mientras miraba exclusivamente a la señora Klóterjahn, e inclinaba su busto hacia delante con delicadeza... La joven dama respondió:

—¡No faltaba más! En primer lugar, esta habitación tiene entrada libre, señor Spinell, y luego, ¿en qué podría estorbarnos? Tengo el convencimiento de que estoy aburriendo a la consejera...

A esto el señor Spinell no supo responder; sólo sonrió enseñando sus dientes careados y se dirigió, con paso un tanto embarazado por la mirada de las damas, hacia la puerta de vidrio, donde se quedó plantado, mirando al exterior y dando la espalda a las damas descortésmente. Luego dio media vuelta, pero continuó mirando hacia el jardín, mientras decía:

—El sol ha desaparecido. Sin darnos cuenta, el cielo ha quedado cubierto. Ya empieza a oscurecer.

—Es verdad, todo está en sombras —respondió la señora Klóterjahn—. Me

parece que nuestros excursionistas tendrán nieve. Ayer, a esta hora, estábamos todavía en pleno día, y hoy, sin embargo, anochece.

—¡Ah! —dijo él—, después de todas estas semanas de tanto sol, la oscuridad hace bien a los ojos. A decir verdad, estoy contento de que este sol, que brilla con pesada claridad tanto para lo bello como para lo feo, se haya velado un poco.

—¿No le gusta el sol, señor Spinell?

—Yo no soy pintor... Uno mira mejor en su interior sin el sol... Es una espesa capa de nubes ligeramente grises. Probablemente indica deshielo para mañana. Por lo demás, no le aconsejaría que se quedara allá al fondo mirando su labor, señora.

—¡Oh!, descuide usted; no me daba cuenta. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Él se había sentado en la silla giratoria, frente al piano, con un brazo apoyado en la tapa del instrumento.

—Música... —dijo—. ¡Quién pudiera ahora escuchar un poco de música De vez en cuando los niños ingleses cantan algunas pequeñas canciones negras. Esto es todo lo que se oye!

—Ayer por la tarde la señorita Osterloh tocó a todo escape «Las campanas del monasterio» —observó la señora Klóterjahn.

—Pero también usted sabe tocar, señora —dijo el escritor suplicando, mientras se levantaba—. En otro tiempo había usted tocado todos los días con su padre.

—Sí, señor Spinell, esto fue en otro tiempo... en la época del surtidor, ¿sabe usted?

—¡Hágalo hoy! —rogó él—. ¡Déjenos oír sólo unos cuantos compases! Si usted supiera cuánto lo deseo...

—Tanto el médico de cabecera como el doctor Leander me han prohibid* terminantemente que toque el piano, señor Spinell.

—Pero ni uno ni otro están ahora aquí. Somos libres... ¡Usted es libre, señora! Sólo unos cuantos acordes...

—No, señor Spinell, de esto ni hablar. ¡Quién sabe qué maravillas espera usted de mí! Además lo he olvidado todo, créame. Casi no sé nada de memoria.

—¡Oh!, entonces toque ese «casi nada». Aquí hay partituras en abundancia, sobre el piano. No, esto no vale nada. Pero aquí hay algo de Chopin...

—¿Chopin?

—Sí, los *Nocturnos*. Y ahora sólo falta encender las velas...

—No se haga ilusiones, señor Spinell, no voy a tocar. Lo tengo prohibido... ¡Podría perjudicarme!

Él calló. Con sus grandes pies, su larga levita negra y su cabeza canosa, borrosa e imberbe, permanecía quieto a la luz de dos candelabros del piano, y dejaba colgar sus manos.

—Bien, no voy a insistir más —dijo por fin en voz baja—. Si teme perjudicar su salud, señora, mate y enmudezca entonces la belleza que anhela manifestarse bajo sus dedos. No siempre ha sido usted tan prudente; si menos no lo fue cuando se trató de

renunciar a la belleza. Al contrario: cuando abandonó el surtidor y se quitó la pequeña corona de oro, no ce preocupó usted mucho de su cuerpo, y demostró tener una voluntad resuelta y firme... Escúcheme —dijo tras una pausa, y su voz se hizo aún más profunda—, si ahora se sentara usted ahí y tocara como en otro tiempo, cuando su padre estaba todavía a su lado y hacía brotar de su violín aquellas melodías que la hacían llorar..., entonces podría suceder que se viese brillar otra vez misteriosamente, sobre su cabeza, la pequeña corona de oro...

—¿De veras? —preguntó ella sonriendo... Casualmente se quebró su voz en este momento, por lo que las palabras salieron mitad roncadas, mitad insonoras. Tosió un poco y dijo:

—¿Es cierto que son los *Nocturnos* de Chopin lo que tiene usted ahí?

—Sí. He buscado las páginas, y todo está listo.

—Pues bien... con la ayuda de Dios voy a tocar uno de ellos —dijo ella—. Pero sólo uno, ¿me oye? Y espero que con esto estará usted satisfecho para siempre.

Diciendo esto, se levantó, puso a un lado su labor y se acercó al piano. Se sentó en la silla giratoria, sobre la cual había un par de cuadernos de música empastados, puso bien los candelabros y hojeó las partituras. El señor Spinell había acercado una silla a su lado y se sentó junto a ella como un profesor de piano.

Ella interpretó *Nocturno* en mi bemol, opus 9, número 2. Si era verdad que había olvidado algunas cosas, su estilo, desde luego, tuvo que ser artísticamente perfecto en otros tiempos. El piano era medianamente bueno, pero ella supo manejarlo con gusto y seguridad tras los primeros acordes. Demostró poseer un sentido agudo para los diferentes matices de tonalidad y una afición por el ritmo movido que rayaba en lo fantástico. Su pulso era tan firme como delicado. Bajo el conjuro de sus manos brotaba la melodía con su más íntima dulzura, y los motivos artísticos se entrelazaban con graciosa flexibilidad.

Llevaba el mismo vestido de su llegada al sanatorio: la chaqueta oscura con arabescos de terciopelo, que confería a su cabeza y manos aquella delicadeza tan divina. La expresión de su rostro no se alteró mientras tocaba, pero parecía como si el perfil de sus labios se hiciera más visible todavía, y las sombras en las comisuras de sus ojos se hicieran más intensas. Cuando hubo terminado, dejó caer las manos en el regazo y siguió mirando aún las notas. El señor Spinell permaneció sentado, mudo e inmóvil.

Ella tocó otro *Nocturno*, y luego otro. Después se levantó; pero fue sólo para buscar nuevas partituras sobre la tapa superior del piano.

El señor Spinell tuvo la ocurrencia de examinar los tomos encuadernados en cartón negro que estaban sobre la silla giratoria. De repente prorrumpió en un grito ininteligible, y sus grandes manos blancas se posaron apasionadamente en uno de los cuadernos abandonados.

—¡No es posible!... ¡Increíble! —dijo—. ¡Y sin embargo no me equivoco!... ¿Sabe usted qué es esto?... ¿Sabe lo que hay aquí?... ¿Lo que tengo en mis manos?

...

—¿Qué es? —preguntó ella.

Con un gesto le señaló la portada. Estaba pálido como la cera, dejó caer el cuaderno y la miró con labios trémulos.

—¿De verdad? ¿Cómo ha venido a parar esto aquí? Démelo —dijo sencillamente la dama.

Puso el cuaderno en el atril, se sentó y se puso a tocar las primeras notas tras un momento de silencio.

El señor Spinell estaba sentado a su lado, inclinado hacia delante, las manos juntas entre las rodillas y la cabeza agachada. Ella tocó las primeras notas con una lentitud desconcertante y exasperante, con largas pausas a cada nota que inquietaban. Era un motivo de añoranza, una voz solitaria y errante, que dejaba oír quedamente su pregunta temerosa en medio de la noche. Silencio y espera. Escuchad la respuesta: el mismo tono nítido y solitario, sólo que más claro, más dulce. Otra vez silencio. Entonces se inició, con aquel apagado y maravilloso *sforzato*, que es como un arrobamiento y una excitación beatífica de la pasión, el motivo de amor; subía hacia lo alto, tendía embelesado hacia el dulce enlace, se desprendía luego, se desplomaba, y sobresalían los violoncelos con su canto profundo, henchido de grave y doloroso gozo..., y la melodía continuaba.

La intérprete trató con acierto de imitar con su pobre instrumento los efectos de una gran orquesta. Las fugas de los violines en un gran *crescendo* sonaban con espléndida precisión. Ella tocaba con sublime devoción, se detenía piadosamente en cada figura musical y resaltaba los detalles humilde y manifiestamente, como el sacerdote al levantar el Santísimo por encima de su cabeza. ¿Qué sucedía? Dos fuerzas, dos seres embelesados se desean mutuamente en su dolor y en su gozo, y se abrazan en su anhelo estático y frenético de lo eterno y lo absoluto... El prelude se inflamó y se derrumbó. La pianista dejó de tocar allí donde se alzaba el telón y luego continuó mirando las notas en silencio.

Entre tanto, el aburrimiento de la consejera Spatz había llegado a aquel grado que desfigura los rasgos humanos, hace salir los ojos de sus órbitas y confiere a la persona una expresión cadavérica y aterradora. Además, aquel género de música atacaba sus nervios gástricos y ponía en estado de angustia aquel organismo dispéptico, de modo que la consejera temió caer en un ataque espasmódico.

—Me veo obligada a ir a mi habitación —dijo débilmente—. Adiós, ya volveré...

Y diciendo esto se marchó. Empezaba a anochecer. Fuera, en la terraza, caía la nieve espesa y silenciosa. Los dos candelabros daban una luz escasa y vacilante.

—El segundo acto —susurró el escritor.

Y ella volvió las páginas y empezó a tocar el segundo acto.

Un sonido de trompas se perdía en la lejanía. ¿Cómo? ¿O era quizás el susurro del follaje, el suave murmullo del manantial? La noche había extendido ya su manto de silencio sobre el bosque y la casa, y no existía súplica y advertencia capaz de detener

el ímpetu de aquel anhelo. El misterio sagrado se consumió. La lámpara se apagó; el motivo de la muerte descendió con una extraña mezcla de sonidos repentinamente velada, y con fogosa impaciencia el ansia hacía revolotear su velo blanco frente al amado, que se acercaba a ella con los brazos extendidos a través de la noche.

¡Oh, júbilo delirante e insaciable de la unión en el eterno más allá de las cosas! Despojados de la tortura del error, libres de las cadenas del espacio y del tiempo, del tú y del yo, de lo mío y lo tuyo, se fusionaban en un deleite sublime. Pudo separarles la insidiosa fascinación del día, pero su mentira presuntuosa ya nunca sería capaz de engañar a los videntes de la noche, desde que la virtud del filtro mágico santificó su mirada. Quien contempló con pasión las tinieblas de la muerte y su dulce secreto, a éste no le quedó en la ilusión de la luz más que un ansia, la nostalgia de la noche sagrada, la eterna, la verdadera, la unificadora...

¡Desciende, noche del amor! ¡Concédeles el olvido que anhelan! ¡Cúbrelos con tu deleite y líbralos del mundo del engaño y la separación! Mira, se ha extinguido la última llama. Pensamiento e imaginación se hunden en un crepúsculo divino, que se extiende sobre los suplicios de la ilusión redimiendo al mundo. Luego, cuando la fascinación se desvanezca, cuando mis ojos se hundan en éxtasis, entonces, ¡oh milagro de los deseos colmados!, yo mismo seré aquello de que la mentira del mundo me privó, lo que me brindaba engañosamente para martirio irresistible de mi anhelo; y en aquel momento yo seré el mundo... Y el tenebroso canto de Brangania, «Tened precaución» fue acompañado de aquel inefable vuelo de violines, inasequible a la razón.

—No lo comprendo todo, señor Spinell. Hay muchas cosas que sólo puedo entrever. ¿Qué significa, por ejemplo, este «y en aquel momento yo seré el mundo»?

El señor Spinell se lo explicó brevemente en voz baja.

—Sí, esto es. Pero ¿cómo es posible que usted, que lo comprende tan bien, no sea capaz de tocarlo?

Por extraño que parezca, el señor Spinell no pudo conservar su serenidad ante esta pregunta inocente. Se ruborizó, se retorció las manos y quedó como hundido en su silla.

—Esto rara vez coincide en una misma persona —dijo al fin angustiado—. No, no sé tocarlo... Pero continúe usted.

Y se hundieron de nuevo en los embriagadores cantos de aquella música misteriosa. ¿Moriría alguna vez el amor? ¿El amor de Tristán? ¿El amor de Isolda? ¡Los zarpazos de la muerte no alcanzan a los que son eternos! ¿Qué otra cosa podría morir más que lo que nos perturba, lo que desune con engaños a los que están unidos? El amor los juntó con dulce lazo... Si la muerte lo rompiera, ¿de qué otra forma le sobrevendría a uno la muerte sino con la vida del otro? Y un dúo misterioso los enlazó en la inefable esperanza de la muerte de amor, del abrazo eternamente ininterrumpido en el reino maravilloso de la noche. ¡Dulce noche! ¡Noche eterna de amor! ¡Región beatífica que todo lo abarca! ¿Cómo podría despertar jamás sin temor

a la soledad diurna quien alguna vez te presintió? ¡Conjura tú los temores, muerte favorable! ¡Libera ya de la congoja del despertar a los sedientos de amor! ¡Oh tempestad desencadenadora de los ritmos! ¡Oh éxtasis de la comprensión metafísica que sublimas a través de la música! ¿Cómo asir, cómo desprenderse de este goce alejado del tormento de la separación al amanecer?

¡Suave añoranza, sin engaño ni inquietud! ¡Muerte sublime y sin dolor! ¡Crepúsculo bienaventurado en el infinito! Tú eres Isolda, yo soy Tristán... Ya no hay Tristán, ya no hay Isolda...

De repente sucedió algo espantoso. La pianista se interrumpió y se llevó la mano a los ojos para atisbar en la oscuridad, y el señor Spinell se volvió bruscamente en su silla. La puerta del fondo, que daba al corredor, se había abierto y entró por ella una tétrica figura, apoyada en el brazo de otra. Era un huésped de Einfried que tampoco estaba en condiciones de tomar parte en la excursión en trineo y empleaba estas horas vespertinas en una de sus rondas instintivas y apesadumbradas por el sanatorio. Era aquella enferma que había puesto en el mundo diecinueve criaturas y ya ni siquiera era capaz de pensar; era la esposa del pastor Hóhlenrauch, que iba del brazo de su enfermera. Sin levantar la vista, recorrió con pasos indecisos e inseguros el fondo de la estancia y se alejó por la puerta opuesta, en silencio y rígida, extraviada e inconsciente. Hubo un gran silencio.

—Era la esposa del pastor Hóhlenrauch —dijo él.

—Sí, la pobre Hóhlenrauch —dijo ella.

Luego volvió las páginas y tocó el final de la obra, la muerte de amor de Isolda.

¡Cuán pálidos y lípidos estaban sus labios! ¡Cuán intensas se hacían las sombras en las comisuras de sus ojos! Sobre la ceja, en su transparente frente, la vena azulina se distinguía cada vez más claramente de aquella manera fatigosa e inquietante. Bajo sus laboriosas manos surgió el inaudito *crescendo*, interrumpido por aquel repentino *pianissimo*, casi profano, que es como un escurrirse del suelo bajo los pies y un hundirse en sublime deseo. Irrumpió un desbordamiento de liberación y plenitud infinitas, se repitió, se transformó como una oleada en una efervescencia aturdidora de satisfacción desmesurada, siempre insaciable, pareció querer desvanecerse, volvió a tejer el motivo de la nostalgia con todas sus armonías, expiró, murió, se extinguió, desapareció en el aire. Silencio profundo.

Ambos se pusieron a escuchar, ladearon la cabeza y escucharon con más atención.

—Son cascabeles —dijo ella.

—Son los trineos —dijo él—. Me voy.

Se levantó y atravesó la sala. Al llegar a la puerta del fondo, se detuvo, se volvió y por un momento vaciló inquieto. Y luego sucedió que, a una distancia de quince o veinte pasos, cayó de hinojos en silencio. Su larga levita negra quedó extendida en el suelo. Tenía las manos juntas sobre su boca y sus hombros se contraían convulsivamente. Ella permanecía sentada, con las manos en el regazo, inclinada hacia delante, y, de espaldas al piano, lo contemplaba. Una sonrisa indecisa e inquieta

se dibujaba en su rostro, y sus ojos atisbaban penetrantes en la oscuridad con tal esfuerzo, que descubrían propensión al estrabismo.

Desde lejos se acercaba el tintineo de cascabeles, el chasquido de látigos y el rumor confuso de voces humanas.

IX

La excursión de los trineos, que fue por mucho tiempo el tema de las conversaciones, había tenido lugar el veintiséis de febrero. El veintisiete, día de deshielo, en que todo se reblandecía, goteaba, chapoteaba y se escurría, el estado de salud de la señora Klóterjahn era excelente. El veintiocho vomitó un poco de sangre... ¡oh!, una cantidad insignificante; pero era sangre. Al mismo tiempo se vio afectada por una debilidad tan grande, como nunca había sentido, y tuvo que acostarse.

El doctor Leander la examinó; mientras lo hacía, su rostro estaba frío como el mármol. Luego le ordenó lo que la ciencia prescribe para estos casos: pedacitos de hielo, morfina y descanso absoluto. Al día siguiente, sin embargo, renunció a hacerse cargo personalmente del tratamiento, por el exceso de trabajo que requería, y lo confió al doctor Müller, quien lo aceptó con toda mansedumbre, obligado por el deber y el contrato. Era un hombre tranquilo, oscuro, insignificante y melancólico, cuya humilde y deslucida actividad se limitaba a los casi sanos y a los casos desesperados.

Su opinión, ante todo, fue que la separación del matrimonio Klóterjahn ya duraba demasiado, que se hacía necesaria una nueva visita al Einfried del señor Klóterjahn, en el caso de que su floreciente negocio se lo permitiera. Se le podía escribir, o tal vez mandarle un pequeño telegrama... Sin duda la joven madre se sentiría feliz y más confortada si su esposo le traía consigo al pequeño Antonio, aparte de que resultaría realmente interesante para los médicos conocer al pequeño y sano Antonio.

Y he aquí que el señor Klóterjahn se presentó. Había recibido el telegrama del doctor Müller y se puso en camino desde las costas del Báltico. Bajó del coche, se hizo servir café y panecillos con mantequilla, y parecía muy asombrado.

—Señor —dijo—, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué me han llamado?

—Porque es conveniente —respondió el doctor Müller— que usted permanezca ahora al lado de su esposa.

—Conveniente... conveniente... ¿Pero es también necesario? Tengo que velar por mi dinero, señor, los tiempos son malos y los trenes están caros. ¿No hubo posibilidad de evitarme este largo viaje? No diría nada si se tratara, por ejemplo, de los pulmones..., pero, puesto que, gracias a Dios, no es más que la tráquea...

—Señor Klóterjahn —dijo dulcemente el doctor Müller—, en primer lugar, la tráquea es un órgano importante... —Esto de «en primer lugar» resultó incorrecto, puesto que no siguió ningún «en segundo lugar».

Pero con el señor Klóterjahn se encontraba también en Einfried una persona de carnes exuberantes, envuelta toda ella en un vestido rojo, dorado y de dibujo escocés; esta persona era la que llevaba en sus brazos a Antonio Klóterjahn hijo, el pequeño y sano Antonio. Sí, también el niño había venido, y nadie podía negar que realmente gozaba de una salud vigorosa. De carnes sonrosadas y blancas, vestido con ropas limpias y nuevas, rollizo y perfumado, descansaba en los brazos desnudos y

colorados de su peripuesta sirvienta, tragaba cantidades asombrosas de leche y carne picada, chillaba y se abandonaba a sus instintos en todos los aspectos. Desde la ventana de su alcoba, el escritor Spinell había advertido la llegada del joven Klóterjahn. Con una mirada extraña, empañada, pero penetrante, lo había estado examinando, mientras era conducido del coche a la casa, y luego había permanecido un buen rato allí, con la misma expresión en su rostro.

A partir de entonces evitó en lo posible tropezarse con Antonio Klóterjahn hijo.

X

El señor Spinell estaba sentado en su habitación «trabajando».

Su habitación era como todas las de Einfried: anticuada, sencilla y distinguida. La voluminosa cómoda estaba guarnecida con cabezas de león metálicas; el alto espejo de pared no era una superficie lisa, sino que estaba compuesto de múltiples trocitos cuadrados, engastados en plomo; ni un solo tapiz cubría el suelo esmaltado de azul, en el que, como sombras claras, se prolongaban las patas rígidas de los muebles. Había un espacioso escritorio cerca de la ventana, que el novelista había cubierto con una cortina amarilla, probablemente para hacer más íntimo el ambiente de la estancia.

Estaba sentado a la luz amarillenta del crepúsculo e, inclinado sobre el tablero del secreter, escribía; estaba ocupado redactando una de aquellas numerosas cartas que todas las semanas echaba al correo y a las que —cosa curiosa y divertida— la mayoría de las veces no recibía respuesta. Ante él había una gran hoja de papel fuerte, en cuyo ángulo izquierdo superior podía leerse, bajo el embrollado dibujo de un paisaje, el nombre de Detlev Spinell, con unas letras muy originales, que él rellenaba con una escritura diminuta, minuciosa y extraordinariamente pulcra.

«Muy señor mío —decía la carta—: Me dirijo a usted con las siguientes líneas, porque no puedo dejar de hacerlo, porque lo que tengo que decirle me llena, me atormenta y me hace estremecer, porque las palabras afluyen hasta mí con tal ímpetu, que me ahogaría en ellas si no pudiera descargarlas en esta carta...».

En honor a la verdad hay que decir, lisa y llanamente, que lo de la «afluencia» estaba fuera de tono, y sólo Dios sabe en qué petulantes motivos se apoyaba el señor Spinell para afirmarlo. Las palabras no parecían afluirle en absoluto; al contrario: para ser una persona cuya profesión era escribir, se movía con lastimosa lentitud, y quien le hubiera visto habría llegado sin duda a la conclusión de que el escritor era un hombre al que el escribir le resultaba más difícil que a las demás personas.

Con las puntas de dos dedos retenía uno de aquellos singulares pelillos de su mejilla y se pasaba sus buenos cuartos de hora torciéndolo y retorciéndolo, miraba en el vacío sin avanzar ni una sola línea. Luego, escribía un par de lindas palabras y se atascaba de nuevo. Por otra parte, hay que admitir que los escritos que llegaba a terminar daban la impresión de pulidez y vivacidad, aunque su contenido fuera fantástico, problemático e incluso, muchas veces, ininteligible.

«Es para mí —continuaba la carta— una necesidad imperiosa hacerle ver también a usted lo que yo veo, lo que desde muchas semanas atrás se presenta ante mis ojos como una visión imborrable; hacérselo contemplar con mis propios ojos, bajo aquella luz con que las palabras lo proyectan en mi mirada interior. Yo estoy acostumbrado a ceder a este impulso que me constriñe a hacer al mundo partícipe de mis sentimientos, con palabras inolvidables, escritas en su momento oportuno, precisas como una llama. Y ahora, escúcheme usted.

»Únicamente quiero decirle lo que era y lo que es; le estoy narrando simplemente

una historia, una historia muy breve, indeciblemente indignante, y la cuento sin comentarios, sin juicio ni condena, sólo con mis palabras. Es la historia de Gabriela Eckhof, señor, de la mujer que usted llama suya... ¡Y no se le olvide esto!... Fue usted quien vivió esta historia, pero seré yo el primero en elevarla a la categoría de cosa vivida con mis palabras.

»¿Recuerda usted el jardín, señor, el viejo y abandonado jardín detrás de la casa patricia de grises paredes? El moho verduoso brotaba entre las ranuras de los muros desgastados por el tiempo, que rodeaban aquella selva de sueños. ¿Recuerda también el surtidor en el centro? Lirios morados se inclinaban sobre su brocal deteriorado, y su chorro blanco susurraba misteriosamente al caer sobre la piedra resquebrajada. Era un día de verano, la tarde declinaba.

»Siete doncellas sentadas en círculo alrededor del surtidor; en la cabellera de la séptima, sin embargo, la primera, la única, el sol poniente parecía tejer secretamente una rutilante insignia de supremacía. Sus ojos eran como angustiosos y, no obstante, sus claros labios sonreían...

»Estaban cantando. Tenían sus delgadas caras vueltas hacia arriba en dirección al chorro saltarín, allí donde se doblegaban para caer en una curva cansada y elegante, y sus voces tenues y claras acompañaban flotando su grácil danza. Quizás, mientras cantaban, juntaban sus delicadas manos alrededor de las rodillas...

»¿Recuerda esta escena, señor? ¿La vio alguna vez? No, usted nunca la vio. Sus ojos no estaban hechos para contemplarla ni sus oídos para percibir la virginal dulzura de aquellos cantos. De haberla visto, no habría debido atreverse a respirar, hubiera tenido que reprimir los latidos de su corazón. Usted habría tenido que retroceder, volver a la vida, a su vida, y guardar en su alma lo contemplado para el resto de sus días como un sagrario sacrosanto e inviolable. Pero ¿qué hizo usted?

»Esta escena fue un fin, señor. ¿Tenía usted forzosamente que llegar y destruirlo, para darle una continuación de vulgaridad y desagradable dolor? Era una apoteosis conmovedora y pacífica, sumida en la verdad vespertina del ocaso, de la desintegración y la extinción. Una antigua casta demasiado cansada ya y demasiado noble para actuar y vivir, se siente próxima a su fin y sus postreras manifestaciones son sonidos artísticos, unos cuantos tonos de violín, llenos de aquella sabia melancolía de la vida que se sabe madura para la muerte... ¿Vio usted aquellos ojos a los que estas melodías arrancaban lágrimas? Tal vez las almas de aquellas seis compañeras pertenecían a la vida, pero el alma de su fraternal dueña pertenecía a la belleza y a la muerte.

»Usted vio una hermosura mortal; usted la miró para desearla. Ni una chispa de respeto, ni un asomo de recato fue capaz de conmover su corazón frente a aquella enternecedora santidad. No le bastó con mirarla, tuvo que poseerla, aprovecharla, profanarla... ¡Con qué sutileza eligió usted! Es usted un goloso, señor mío, un plebeyo goloso, un paleta con buen gusto.

»Le ruego tenga en cuenta que de ningún modo abrigo la intención de

mortificarle. Lo que estoy diciendo no es una afrenta, sino la fórmula, la sencilla fórmula psicológica de su personalidad simple, desprovista por completo de interés literario, y si la pronuncio es solamente porque me siento impulsado a hacerle un poco de luz sobre su propio ser y proceder, porque mi vocación ineludible en esta tierra es llamar las cosas por su nombre, hacerlas hablar y sacar a la luz del día todo lo inconsciente. El mundo está lleno de lo que yo llamo “tipo inconsciente...” ¡y yo no soporto a todos esos tipos inconscientes! ¡No soporto toda esa vida y ese proceder apático, insípido y necio, este mundo de irritante candor que me rodea por todas partes! Me siento impulsado por una fuerza irresistible y angustiosa de explicar — hasta donde llegan mis fuerzas— la esencia de todo cuanto me rodea, de expresarlas y darle una conciencia, sin importarme si esto trae consigo consecuencias favorables o perniciosas, si produce consuelo y alivio o causa dolor.

»Es usted, señor —como ya he dicho—, un plebeyo goloso, un paleta con buen gusto. Teniendo como tiene en realidad, un buen carácter tosco y encontrándose en un grado de evolución extraordinariamente bajo, ha llegado usted, por obra y gracia de su riqueza y su vida sedentaria, a una repentina, intempestiva y bárbara corrupción del sistema nervioso, que lleva consigo cierto refinamiento libidinoso de los instintos sensuales. Es muy probable que, cuando usted decidió hacer suya a Gabriela Eckhof, los músculos de sus fauces empezaran a segregarse, como ante la presencia de una sopa exquisita o un plato selecto...

»En realidad, usted desorientó aquella voluntad soñadora que ella poseía, usted la sacó del jardín abandonado para conducirla a la vida y a la fealdad, le dio un apellido vulgar y la convirtió en esposa, ama de casa y, finalmente, en madre. Aquella belleza mortal, cansada, tímida, que sólo puede florecer en toda su magnificencia cuando nadie la aprovecha, usted la está envileciendo al servicio de la vida vulgar y cotidiana, y de aquel ídolo estúpido, torpe y miserable que se llama naturaleza, y en su rústica condenda usted ni siquiera llegó a sospechar la profunda ruindad de este proceder.

»Y aún hay más: ¿qué pasa después? Que ella, la de ojos que son como sueños de angustia, le da un hijo; le da este ser, que no es más que la prolongación de la vil existencia de su progenitor, con todo lo que ella tiene de sangre y posibilidad de vida, y ella muere. ¡Ella se muere, señor! Y si no se consume como los demás seres vulgares, si ella, a pesar de todo, ha conseguido al fin superar los abismos de su envilecimiento, y orgullosa y feliz parece bajo el beso mortal de la belleza, es gracias a mis cuidados. Mientras que los suyos han consistido, al parecer, en pasar el tiempo por pasillos silenciosos en compañía de camareras.

»Su hijo, en cambio, el hijo de Gabriela Eckhof, crece, vive y triunfa. Sabe Dios si seguirá la misma vida de su padre, si será un comerciante, que pagará los impuestos y vivirá como un burgués bien alimentado; o quizá sea soldado, o funcionario, soporte ignorante y útil del Estado; en cualquier caso, un ser sin escrúpulos, optimista, fuerte y necio.

»Acepte usted, señor, la confesión de que le odio, a usted y a su hijo, como odio a la vida misma, esta vida vulgar, ridícula y triunfante a pesar de todo, que usted representa, eterno contraste y enemigo mortal de la belleza. No tengo derecho a decirle que le desprecio. No puedo hacerlo. Soy sincero. Usted es el más fuerte. En esta lucha sólo puedo contraponerle una cosa, el arma sublime e instrumento de venganza de los débiles: espíritu y palabra. Hoy me he servido de ellos. Pues esta carta —incluso en esto le soy sincero, señor— no es más que un acto de venganza, y si una sola palabra de ella resultase lo bastante aguda, brillante y hermosa como para confundirle, hacerle sentir una fuerza extraña y hacer vacilar por un momento su robusta impassibilidad, entonces me sentiría satisfecho.

Detlev Spinell»

El señor Spinell metió este escrito en un sobre, lo franqueó, le añadió una dirección con trazos pulcros y lo echó al correo.

XI

El señor Klóterjahn llamó a la puerta del señor Spinell. Llevaba en la mano una gran hoja de papel, pulcramente escrita, y su aspecto era el de un hombre dispuesto a proceder enérgicamente. El correo había hecho su labor: la carta había seguido su camino, había hecho el singular viaje de Einfried a Einfried, y había llegado fielmente a manos de su destinatario. Eran las cuatro de la tarde.

Cuando el señor Klóterjahn entró en la habitación, el señor Spinell estaba sentado en el sofá leyendo su propia novela, la de la cubierta intrincada. Se levantó y contempló al visitante asombrado y perplejo, aunque se sonrojó visiblemente.

—Buenas tardes —dijo el señor Klóterjahn—. Perdone que interrumpa sus ocupaciones. Pero quisiera preguntarle si fue usted quien escribió esto. —Levantó con su mano izquierda la gran hoja de papel, pulcramente escrita, y la golpeó con la palma de la mano derecha, haciéndola restallar. Luego metió la mano en el bolsillo de sus anchos y cómodos pantalones, ladeó la cabeza y abrió la boca para escuchar, como muchas personas suelen hacer.

El señor Spinell —cosa rara— sonrió; sonrió afablemente, un poco perplejo y casi disculpándose. Se llevó la mano a la cabeza, como tratando de recordar algo, y dijo:

—¡Ah!, exacto... sí... me permití...

El caso es que, ese día, se había comportado tal como era y había estado durmiendo hasta el mediodía. Por consiguiente, su conciencia le remordía y tenía la cabeza espesa; se sentía nervioso y con pocas ganas de discutir. Además, el aire de la primavera, recién llegada, le atormentaba y le predisponía a la desesperación. Es imprescindible mencionar estos detalles para comprender su conducta, tan extraordinariamente estúpida, durante esta escena.

—¡Ajá! ¡Muy bien! —dijo el señor Klóterjahn; apretó el mentón contra su pecho, levantó las cejas; extendió los brazos e hizo toda una serie de preparativos, para llegar sin piedad al fondo de la cuestión tras el cumplimiento de todas estas formalidades. A causa de la satisfacción personal que sentía, fue demasiado lejos con todos estos preparativos, pues lo que siguió a continuación no respondió del todo a la prolijidad de estos minuciosos preliminares. Sin embargo, el señor Spinell estaba bastante pálido.

—¡Muy bien! —repitió el señor Klóterjahn—. Entonces, permita que le conteste de viva voz, querido señor, pues se da la circunstancia de que considero una perfecta idiotéz escribir cartas tan colosales a alguien con quien se puede hablar a todas horas...

—Bueno... tanto como una idiotéz... —dijo el señor Spinell, con una sonrisa excusadora, casi humilde...

—¡Una idiotéz! —repitió el señor Klóterjahn y meneó la cabeza violentamente, para indicar cuán seguro e inexpugnable se sentía en sus razones—. Y no malgastaría una sola palabra en contra de estos garabatos, que, hablando en plata, son tan

miserables que ni siquiera me servirían para envolver bocadillos, si no fuese porque me han aclarado ciertos puntos, ciertos cambios que hasta ahora no había comprendido... Aunque esto a usted no le interesa para nada y nada tiene que ver con el asunto. Yo soy un hombre de acción, tengo otras cosas más importantes en que pensar, que en sus visiones inefables...

—Yo he escrito «visión imborrable» —dijo el señor Spinell irguiéndose. Este fue el único momento de la entrevista en que se portó con cierta dignidad.

—¡Imborrable... inefable...! —replicó el señor Klóterjahn y echó una ojeada al manuscrito—. Usted escribe con una letra detestable, querido señor. No quisiera tenerle como empleado en mi oficina. A primera vista parece muy pulcra, pero examinada a la luz del día aparece repleta de lagunas y rasgos temblorosos. Aunque esto es asunto suyo; a mí no me va ni me viene nada de ello. He venido sólo para decirle que es usted, en primer lugar, un mequetrefe, aunque no creo que le descubra nada nuevo. Pero es que además es usted un perfecto gallina, y esto tampoco necesita que se lo demuestre detalladamente. Mi esposa me escribió una vez diciendo que usted no suele mirar a la cara a las mujeres que encuentra, sino que sólo las mira de reojo para sacar de ellas una idea vaga pero hermosa; todo por miedo a la realidad. Fue una lástima que en las demás cartas dejara de hablarme de usted; de no haber sido así, conocería todavía más historietas sobre su persona. En fin, así es usted. Emplea la palabra «belleza» cada dos por tres, pero en el fondo esto no es más que timidez, *gazmoñería* y envidia, y de ahí seguramente aquella observación insolente de los «corredores silenciosos», que al parecer tenía la misión de atravesarme, pero que únicamente me ha divertido. ¡Me ha divertido!, ¿se entera usted? ¿Le he «hecho un poco de luz» sobre su... su «ser y proceder», pobre diablo? Aunque no sea «vocación infalible», ¡ja! ¡ja!...

—Yo he escrito «vocación ineludible» —dijo el señor Spinell, pero no insistió. Estaba allí, desamparado, como un escolar ya mayor, lastimero, canoso, a quien se acaba de sermonear.

—Ineludible... inefable. Lo que yo le digo es que es usted un cobarde miserable. Todos los días me ve en el comedor, me saluda y sonrío, me alarga los platos y sonrío, me desea buen provecho y sonrío... Y un buen día me manda este papelucho lleno hasta los topes de injurias estúpidas. ¡Ja! ¡Ja!, ¡por escrito sí que tiene usted valor!... Y si sólo se tratara de esta ridícula carta... Pero usted ha intrigado contra mí, a mis propias espaldas, ahora lo comprendo muy bien... ¡aunque no se imagine que esto le ha servido de algo! Si por ventura se hace la ilusión de haber metido grillos en la cabeza de mi esposa, anda usted muy equivocado, mi muy apreciado señor..., ¡es demasiado sensata para eso! O si, después de todo, cree usted que ella me ha recibido de forma distinta a como solía, cuando llegamos aquí yo y mi hijo, entonces, ¡es que ha llegado al colmo de su simpleza! El hecho de que ella no haya besado al niño, no significa más que precaución, pues recientemente apareció la hipótesis de que no se trata de la tráquea, sino del pulmón, y en estos casos no se puede saber... De todos

modos, falta probar todavía esto del pulmón, pero usted con su «se muere, señor»... ¡usted es un perfecto asno!

Al llegar aquí, el señor Klóterjahn procuró regular su respiración. Se había irritado en exceso, levantaba constantemente al aire su índice derecho y maltrataba con toda su furia el manuscrito que tenía en la mano izquierda. Su rostro aparecía terriblemente encendido entre las patillas rubias a la inglesa, y su frente sombría estaba surcada por venas hinchadas, semejantes a relámpagos de cólera.

—Usted me odia —continuó diciendo—, y me despreciaría, si yo no fuese el más fuerte... ¡Sí, lo soy, por todos los diablos!, tengo el corazón en su sitio, mientras que usted las más de las veces lo tendrá a buen seguro en los pantalones, y de buena gana le zurraría con todas las de la ley, junto con su «espíritu y palabra», ¡rastrero idiota!, si no estuviese prohibido. Pero esto no quiere decir, querido señor, que tolere sus invectivas sin más ni más, y si en casa enseño esto de «nombre vulgar» a mi abogado, veremos si no le pasarán cosas asombrosas. Mi nombre es digno, señor mío, y lo es porque me lo he ganado a pulso. En cambio, si alguien le prestara sólo diez céntimos por el suyo, es una cuestión que podría discutir consigo mismo, ¡bohemia intruso! ¡Contra usted se debería proceder jurídicamente! ¡Es usted un peligro para la sociedad! ¡Usted trastorna a los demás!... Aunque no se figure haber conseguido sus propósitos esta vez, ¡canalla! Pues yo no me dejo avasallar por tipos de su calaña. Tengo el corazón en su debido sitio...

Ahora el señor Klóterjahn estaba realmente muy excitado. Gritó y dijo varias veces que tenía el corazón en su debido sitio.

—«Ellas estaban cantando». Punto. ¡Ellas no cantaban nada! Hacían calceta. Además, hablaban, por lo que pude entender, de una receta para hacer tortilla con patata, y si yo le contara a mi suegro esto de «ocaso» y «desintegración», lo demandaría ante el juez, ¡puede estar seguro!... «¿Recuerda aquella escena, la vio usted?». ¡Naturalmente que la vi!, pero no comprendo por qué debía retener el aliento y huir de allí. Yo no miro de reojo el rostro de las mujeres, las miro bien, y si me gustan y me quieren, las tomo. Tengo el corazón en su debido si...

Llamaron a la puerta. Llamaron repetidamente unas nueve o diez veces seguidas y con brusquedad; eran unos golpecitos vivos y angustiosos, que hicieron enmudecer al señor Klóterjahn. Y una voz, sin dominio de sí, que a cada momento se salía de tono por la ansiedad que la movía, dijo precipitadamente:

—¡Señor Klóterjahn, señor Klóterjahn! ¡Ay! ¿Está ahí el señor Klóteijahn?

—¡Espere fuera! —dijo agriamente el señor Klóterjahn—. ¿Qué pasa? Tengo que hablar con el señor Spinell.

—¡Señor Klóterjahn! —dijo la voz temblorosa y quebrada—. Es preciso que venga... Los médicos están también allí... ¡oh!, ¡es tan espantoso y triste!...

Entonces el señor Klóterjahn se dirigió a la puerta de un salto y la abrió de golpe. Fuera estaba la consejera Spatz. Tenía el pañuelo en la boca, al que caían gruesas y abundantes lágrimas.

—¡Señor Klóterjahn! —prorrumpió entre sollozos—, es tan espantoso, tan triste... Ha vomitado tanta sangre, una cantidad tan grande... Estaba sentada tranquilamente en la cama, canturreando entre sí una melodía, cuando ocurrió esto... ¡Dios mío!, una cantidad tan enorme...

—¿Ha muerto? —gritó el señor Klóterjahn. Agarró a la consejera por un brazo y la zarandeó de un lado a otro del umbral—. ¡No! ¡No puede ser! ¿Qué dice? Todavía no, aún podrá verme... ¿Ha vuelto a vomitar sangre, dice? ¿Del pulmón? Admito que pueda ser del pulmón... ¡Gabriela! —gritó de repente, con lágrimas en los ojos, y se vio que un sentimiento cálido, bueno, humano y sincero había brotado en su interior—. Sí, ya voy —dijo—; y se alejó de la habitación a grandes pasos, arrastrando consigo a la consejera por el pasillo. Desde el extremo del corredor se oía todavía su voz que se alejaba rápidamente:

—Todavía no, ¿no es verdad?... ¿Dice que es el pulmón?...

XII

El señor Spinell permanecía de pie en el mismo lugar donde había estado durante la visita del señor Klóterjahn tan repentinamente interrumpida, y miraba hacia la puerta abierta. Finalmente, dio unos cuantos pasos hacia delante y escuchó en el vacío. Pero todo permanecía silencioso, y acabó por volver a su habitación y cerrar la puerta.

Se contempló unos momentos en el espejo. Luego se dirigió al escritorio, sacó un pequeño frasco y una copita de un cajón y se tomó un coñac, cosa que nadie podía reprocharle. Después, se echó en el sofá y cerró los ojos. El postigo superior de la ventana estaba abierto. Fuera, en el jardín de Einfried, gorjeaban los pájaros, y en estos sonos diminutos, suaves y audaces se anunciaba fina y penetrante toda la primavera. De repente, dijo el señor Spinell para sí: «vocación ineludible...». Luego movió la cabeza de un lado a otro y respiró por entre los dientes, como poseído de una fuerte neuralgia. Le fue imposible conseguir serenarse y concentrarse. ¡Uno no está hecho a emociones tan rudas como aquélla...! A través de un proceso psíquico, cuyo análisis nos llevaría demasiado lejos, el señor Spinell llegó a la resolución de levantarse y moverse un poco; necesitaba pasear un rato al aire libre. Ahí pues, cogió el sombrero y abandonó la habitación.

Una vez fuera de la casa, acariciado por el airecillo suave y perfumado, volvió la cabeza y lentamente paseó sus ojos por el edificio hasta llegar a una de las ventanas, una que tenía los visillos echados, en la que su mirada se detuvo un rato, grave, firme y tenebrosa. Luego, se puso las manos detrás de la espalda y echó a andar por los pedregales. Caminaba profundamente ensimismado.

Los parterres estaban todavía cubiertos por esteras, y árboles y arbustos estaban aún desnudos; pero la nieve había desaparecido, y en los caminos sólo de vez en cuando aparecían huellas de humedad. El espacioso jardín, con sus glorietas, pérgolas y pequeños cenadores, se sumía en la claridad polícroma de una tarde magnífica, entre densas sombras y una luz intensamente dorada. El oscuro ramaje de los árboles se destacaba vivamente con sus delicados contornos sobre el luminoso cielo.

Era aquella hora en que el sol toma forma, en la que la disforme masa luminosa se convierte en un disco que desciende visiblemente, cuyo fuego ya cansado y más suave no daña a los ojos. El señor Spinell no veía el sol; el camino que seguía lo cubría y ocultaba. Iba con la cabeza gacha y canturreaba para sí un fragmento de música, una pequeña melodía, una figura que se eleva temerosa y lastimera, un motivo de nostalgia... Pero, de repente, dando un tirón y un pequeño suspiro convulsivo, se quedó en el suelo como petrificado, y sus ojos dilatados, bajo las cejas violentamente alzadas, miraron ante sí con una expresión despavorida de defensa...

El camino formaba un recodo; el sol poniente le dio en la cara. Atravesado por dos franjas de nubes estrechas e iluminadas, ribeteadas de oro, brillaba grande y oblicuo en el cielo, ponía incandescentes las copas de los árboles y derramaba su resplandor rojo amarillento sobre el jardín. Y en medio de esta apoteosis dorada,

teniendo por cima la magna aureola del disco solar, se erguía en el camino una persona de carnes exuberantes, vestida toda ella de rojo, oro y dibujo escocés, que apoyaba la mano derecha en su abultada cadera y con la izquierda empujaba suavemente de un lado a otro un cochecito de frágiles formas. En este cochecito iba sentado el niño, Antonio Klóterjahn hijo, el rollizo hijo de Gabriela Eckhof.

Iba vestido con una chaqueta de lana blanca y un gran sombrero también blanco, sentado sobre la almohadilla, mofletudo, espléndido y bien formado; su mirada se encontró, alegre e impertérrita, con la del señor Spinell. El primer impulso del novelista fue alejarse; era todo un hombre y habría tenido el valor suficiente para pasar por delante de esta aparición inesperada, bañada de sol, y continuar su paseo. Pero entonces sucedió algo inesperado: Antonio Klóterjahn se puso a reír y a dar gritos de júbilo; chillaba poseído por un placer inexplicable, que tenía algo de siniestro para los sentidos.

Sólo Dios sabe lo que le pasaba al niño: si era la figura negra que tenía enfrente la que le producía esta furiosa hilaridad, o una repentina sensación de bienestar animal que le excitaba. En una mano tenía un chupete de hueso y en la otra una sonajera de hojalata. Gritando lleno de júbilo levantaba estos dos objetos a la luz del sol, los agitaba y los hacía chocar, como si quisiera espantar a alguien bromeando. Sus ojos estaban casi cerrados de satisfacción, y su boca se había abierto tanto, que se podía ver todo su rosado paladar. Movía incluso la cabeza de un lado a otro, sin dejar de chillar.

El señor Spinell dio media vuelta y se alejó de allí. Andaba por los guijarros, perseguido por los gritos de júbilo del pequeño Klóterjahn, moviendo los brazos con ademán cauteloso, y torpe, con pasos violentamente vacilantes como alguien que quiere disimular que en el fondo está huyendo de algo.